



del campamento de verano se marchó con una amiga a una convivencia de “vida sostenible”. No era ninguna secta, de hecho era un movimiento totalmente aconfesional. Pretendía, en modos prácticos y sencillos, mostrar que otro estilo de vida social, sostenible, es posible. Tenían como axioma básico aquel de Gandhi de que hay que vivir sencillamente para que otros sencillamente puedan vivir. Se repetían la frase de Saramago de que no cambiaremos la vida si nosotros no cambiamos de vida. Fue un curso experimental: comida sencilla y vegetariana, modos de higiene con productos sencillos y alternativos, información sobre estilos de compras, de banca, etc. Siempre como algo al alcance de la mano. Fue, decía Sonia, una bocanada de aire fresco en mi vida.

A partir de ahí, y de forma paulatina, todo empezó a tomar otro color. La vida era más simple, las necesidades se iban ajustando, quedaba mucho más espacio para la relación con la familia y con los grupos vecinales, el anhelo de un futuro laboral estable y próspero aflojó su presión. Todo parecía igual pero, en realidad, era distinto porque intuía que en la forma de vida de siempre había debajo otra manera de vivir nueva, con brillo, con sencillez, con gozo elemental, en comunión con la gente y con los días. No creas, le decía Sonia a Luis, que me he caído del caballo, como san Pablo. Sigo siendo la misma, pero hay otro aire en mi vida, aunque no sepa muy bien cómo decirlo. Encuentro que esto nuestro, tan vulgar, a veces, vale pena y que hay un secreto en esta vida nuestra tan desmadejada.

El giro más fuerte se dio hace poco, decía Sonia. He tenido la oportunidad de cambiar de trabajo. Ya no trabajo en la fábrica de productos químicos. He encontrado trabajo en una huerta ecológica que han montado unas personas en la huerta baldía de un convento franciscano. Ya sabes que las huertas monacales están casi todas abandonadas por falta de brazos que las trabajen. Pero un grupo franciscano ha puesto en pie un huerto (le llaman “Madre tierra”) para dar trabajo a unos poquitos jóvenes inmigrantes para quienes encontrar empleo es casi un milagro. Necesitaban un “técnico” y me han contratado a mí. El sueldo es tan pequeño como el anterior, pero el plan es muy distinto: contacto con la tierra, relación sencilla con los compañeros inmigrantes, trabajo sin estrés, certeza de que se está haciendo algo sostenible. Otra cosa.

Recuerdas, dice Sonia, que decíamos que había posibilidad de dar con otra forma de vivir si uno la busca. Pues bien, yo estoy en camino. No digo que la haya encontrado, pero estoy en camino. Algunas veces, con los chicos de la huerta hacemos una “oración franciscana” y recordamos aquella forma de vida que a Francisco le llenó tanto por su armonía con lo creado. Nosotros estamos relativamente cerca de eso. El otro día, decía Sonia, decidimos, como se cuenta en la vida de Francisco, que un trocito de la huerta no se iba a cultivar para que las hierbas tuvieran un sitio y los pájaros que comen semillas también puedan vivir. Puede parecer una bobada, pero es para pensarlo.

Si se hace este verano el campamento, volveré, dijo Sonia. Y comentaremos todo esto. Y os aseguro que hablaremos de aquello que decía Jesús y que ahora resuena tanto en mí: “Por qué preocuparte tanto por el futuro. ¿No valéis vosotros más que los pájaros?”. Tiene lo suyo. Por la noche Luis mandó un wasap al grupo: “Sonia reencontrada. Ha descubierto algo. Nos lo tiene que contar.”

Fidel Aizpurúa, capuchino

